



LIBROS

TRES IMPORTANTES LIBROS, JUZGADOS POR EL P. ANITUA, S. J.

VIZMANOS S. I.—RUIDOR S. I., Teología Fundamental para Seglares, BAC (Madrid, 1963), págs. XII, 960.

Con este volumen comienza la BAC la publicación del esperado curso teológico para seglares. De esta manera, los textos de teología dogmática, que han tenido tanta aceptación en su edición latina, habiéndose impuesto como libros de texto en casi todos los seminarios y facultades de España y América española, y en muchos de los centros docentes de otros países europeos y mundiales, tendrán sus réplicas en castellano, en favor de los muchos estudiosos seglares, que se empeñan por conocer a fondo la riqueza de sus creencias.

Este primer volumen nos presenta los problemas de la Teología fundamental, que ha dejado de ser mera apologética polémica hace tiempo. Más bien, pretende presentar esos problemas-límite, que hacen de nuestra fe un verdadero obsequio racional. Y no podemos negar que a partir del positivismo y empirismo del siglo XVIII, superado en el XIX por el racionalismo e historicismo crítico y coronado por los adelantos científicos y técnicos del presente siglo, el pensamiento humano se ha preocupado de muchas maneras del problema religioso y más especialmente del catolicismo. La Iglesia—encarnación del mismo Cristo a través de la historia— está levantada en medio de las naciones, como signo de contradicción.

El presente volumen nos da una síntesis profunda, extensa, clara y eruditísima de los diversos problemas que se han agitado y siguen agitando en torno a la religión en cuanto tal, y a la Iglesia católica en particular. Sin embargo, no es una enciclopedia, al estilo hoy en moda, en la que cada autor se encarga de un problema particular y concreto, exponiéndose al peligro de dejar en penumbra algunos puntos importantes, y de hacer un volumen rico, pero incoherente, que no puede ofrecer una visión coherente y total de conjunto. El volumen que recensamos es un auténtico libro de texto. Pero con la envergadura y altura de pensamiento, que exige un público plenamente formado, con vastos conocimientos culturales.

En el primer tratado, obra del P. Vizmanos, se exponen los motivos de credibilidad de la revelación cristiana. Una primera parte expone y discute las opiniones de los diversos autores acerca de la naturaleza de la religión, tanto desde el punto de vista filosófico, como psicológico e histórico. Aquí hubiéramos deseado una mayor amplitud de la psicología de la religión; máxime conociendo la especialidad del P. Vizmanos en este campo. Pero comprendemos que en un volumen de esta clase hay que prescindir de muchas cosas, para dar la síntesis clara de la doctrina. Y las notas bibliográficas y la exposición en síntesis de las variadísimas sentencias y de los muchos autores recensados, dan al estudioso un cuadro completo de fuentes de estudio. Más tarde estudia el P. Vizmanos el problema de la posibilidad y conocimiento del milagro, tanto desde el punto de vista científico como filosófico. Y por fin expone la verdad histórica de la persona de Jesús y de su doctrina, como enviado de Dios. La historia crítica del texto de los Evangelios y el estudio sobre la Resurrección de Jesús, nos parecen, tal vez, los puntos más logrados de este primer tratado, hoy por hoy insustituible en lengua española.

El segundo tratado, obra del P. Ruidor, expone con la misma erudición, rigor científico, claridad que el primer tratado, los problemas de la Iglesia, como continuación y encarnación del mismo Cristo y de su misión. Por eso la Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo, misterio ella misma, y fuente de santidad. En este ambiente conciliar, en que se está estudiando con tanto interés la naturaleza de la iglesia, este tratado servirá para dar una idea a los seglares amantes de su vocación cristiana, de su puesto en la Iglesia, de su dignidad y responsabilidad en ella. La Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo, cuya cuasi alma es el Espíritu Santo, nos da la profundidad infinita de nuestra vida cristiana en, con y por Cristo. Por otra parte, el capítulo dedicado a la evolución del dogma—tradición y progreso—, plantea con toda claridad y profundidad los límites y exigencias de nuestra evolución dogmática.

Creemos sinceramente, que este tomo es hoy insustituible en castellano, como exposición auténtica y clara de la Teología fundamental. Y ha de ser un volumen muy querido para todo seglar, que quiera fundamentarse sólidamente en su fe.

S. de Anítua, S. J.

DIETRICH VON HILDEBRAND, *Ética Cristiana*. HERDER, (Barcelona, 196). págs. 186.

Este libro de la editorial Herder merece una exposición amplia y encomiástica. La introducción de su traductor, el P. S. Gómez Nogales —que ha hecho una versión elegante y perfecta de la obra— nos da una síntesis de la personalidad y de las obras éticas del autor.

El autor, discípulo de Max Scheler, llega al campo de la ética con su bagaje fenomenológico. Su ética es una ética de los valores, vital y experimental. Su método es el análisis fenomenológico de los datos de conciencia. El análisis es agudo, minucioso, pero siempre asentado en la realidad del dato. Prescinde fenomenológicamente de todo sistema filosófico preconcebido, de toda definición previa y de todo principio abstracto. El dato es su único sostén. Por eso sus páginas están palpitantes de realidad. El lector va confrontando sus experiencias con las que expone el autor, va filosofando él mismo, haciendo su camino y asentando sus consecuencias.

La precisión del concepto de valor, como bien en sí mismo, contrapuesto al bien objetivo para la persona, y a la satisfacción meramente subjetiva, nos parece de una claridad sorprendente. Y esta conquista de la noción de valor es relevante, para un tiempo en que la satisfacción meramente subjetiva y la mera utilidad han ocupado el centro de las preocupaciones humanas, vueltas de cara al mero progreso económico y a la comodidad.

Dentro de este campo de los valores, aparece en la cúspide de su majestuosidad relevante, como una palabra descendida de lo alto, el valor moral. Este tiene una realidad, que no puede negarse. La ceguera al valor moral es una anomalía, que sólo se puede explicar por una enfermedad originada de la concupiscencia o del orgullo.

La majestuosidad del valor moral hace absurdo todo relativismo moral y todo positivismo. El dato moral se nos impone con la misma presencialidad, con la que se nos impone cualquier otra experiencia.

Esta primera parte del libro nos parece verdaderamente preciosa y original. Desde este punto de vista fenomenológico la moral parece como algo auténticamente vital y evidente. Algunas apreciaciones de la ética tradicional escolástica son discutidas y aun corregidas de cara a la experiencia. La noción de bien, de útil, de fin, de fruición, etc., que por llevar un cuño

aristotélico, han sido admitidas sin mayor discusión, son capaces de precisiones muchas veces sustanciales, de cara a la realidad experimental y admiten diversos enfoques, que no pueden ser englobados en la simplicidad de una definición unívoca, so pena de concluir consecuencias deplorables. Desde este punto de vista, la obra de Dietrich von Hildebrand nos hace pensar provechosamente sobre las limitaciones de los libros de texto escolásticos, y enfocar la ética de una manera nueva. Lástima que sólo la magnífica *Ética* del P. De Finance haya sistematizado pedagógicamente sus tesis, incorporando cuanto de utilizable hay en la moderna ética de los valores. Las éticas tradicionales, incluyendo el moderno texto de la BAC, parecen ignorar esta corriente, ya vieja en Europa, que sigue siendo manjar extraordinario de lectores especializados.

La segunda parte de la obra nos parece más desigual. Trata del acto moral en sí mismo, de la libertad, las fuentes de moralidad, y las raíces del mal moral. La manera de estudiar la conciencia moral, la libertad en sus diversos estratos, la naturaleza e influjo de la concupiscencia y del orgullo, es sumaria y no tiene la profundidad de los análisis de la primera parte general de la obra. El autor nos remite a una obra posterior, en que estudiará más de propósito estos puntos. Pero al lector le deja la añoranza de un estudio más completo de puntos tan interesantes y tan vitales.

Sin embargo la exposición que hace el autor sobre la naturaleza de las virtudes, al hablar de las distintas esferas de la moralidad, nos parece una de las más interesantes y profundas, que hemos leído.

Recomendamos sin ninguna reserva este magnífico libro de la editorial Herder, a cuantos se interesen por las ciencias del espíritu, y felicitamos a su traductor, que nos ha dado una versión elegante, justa y ágil de esta obra preciosa.

S. de Anítua, S. J.

H. ROOS, *Kierkegaard y el catolicismo*. RAZON Y FE, (Madrid, 1959) págs. 106.

Nos parece un libro interesante, tanto por el tema, como por la repercusión que pueden tener sus páginas en nuestros ambientes, cada vez más influidos por las doctrinas protestantes.

El autor es un Jesuíta, profesor en la Universidad de Copenhague, que invitado por la misma universidad expuso este tema en una conferencia científica. Tanto la personalidad del jesuíta como la ocasión y el medio protestante en que pronunció su conferencia avalan por sí mismos la exactitud de sus palabras en un tema tan candente y tan delicado.

Kierkegaard fue un pensador solitario y rebelde; rebelde contra su sociedad aburguesada y abotargada, hundida en el bien pasar de una

economía próspera, y contra la religión oficial de su país —el luteranismo— más preocupado de salvaguardar los intereses de la masa, que los intereses de Dios.

La meditación solitaria y profunda de Kierkegaard, tal como aparece sobre todo en su diario y en sus obras póstumas, descubre las fallas profundas de la religión luterana. El luteranismo es una religión fácil y masiva, despreocupada de cuanto pueda exigir interioridad y heroísmo. Y el buen cristiano es siempre un testigo, una voz de transcendencia y que indica siempre un más allá. Un cristiano comodón es un escándalo y una contradicción; un cristiano mundano es algo así como un cañonazo silencioso. Y en esto sólo el catolicismo nos muestra auténticos santos, en virtud de su propia doctrina.

El sacerdote católico aparece en toda la majestad que le concede el sacramento del orden. No es un mero genio o un orador o un maestro. Es un profeta que habla en nombre de Dios y con autoridad divina, aunque sus palabras sean pobres en ciencia humana.

El luteranismo no es sino un correctivo histórico del cristianismo, cuya utilidad como correctivo podrá ser discutida, pero que nunca podrá erigirse en doctrina absoluta, en religión independiente, en el catolicismo o el cristianismo, como tal. Este ha sido el gran error de Lutero y de sus seguidores: han olvidado el aspecto funcional de sus enseñanzas, para erigirse ellos mismos en fundadores de una religión, de espaldas a Dios, que es el único con derecho a trazar los caminos de los hombres.

Kierkegaard apenas tuvo conocimientos exactos y profundos de la religión católica. Por eso y por su personalidad rebelde habla más de una manera negativa y crítica contra la religión que conocía. En su vida apenas tuvo contacto con católicos doctos. Ignoró las obras de los grandes pensadores católicos —Sto. Tomás, S. Buenaventura, los grandes teólogos del barroco—; apenas conoció a algunos santos Padres en la traducción de Muns y a San Agustín sólo a través de los tratados de la historia eclesiástica. De sus contemporáneos conoció la obra de Möhler, Atanasio el grande y la Iglesia de su tiempo, que le hizo una gran impresión. Pero no conoció la obra más significativa de este valiente pensador católico alemán, lo Smbóllico. Alaba a Luis Blois y a San Alfonso. Siente deseos de estudiar las obras de los pensadores católicos.

Sin embargo, como reacción contra el luteranismo que conocía, Kierkegaard nos expone su pensamiento, que en muchos puntos fundamentales está de acuerdo con el catolicismo. Kierkegaard estima en toda su importancia la necesidad de las buenas obras, para ser verdaderamente cristiano. El cristianismo consiste esencialmente en una imitación de Cristo. La voluntad tiene en ello su papel insustituible, y por ende la ascética y la educación de la voluntad.

El hombre permanece libre; en ello está su grandeza y ahí se refleja más poderosa la soberanía de Dios. Por eso la epístola de Santiago sobre las obras, que era un escándalo para Lutero, es una de las lecturas preferidas de Kierkegaard, y las enseñanzas de servo arbitrio repugnan al Kierkegaard pensador y rebelde. Kierkegaard rechaza también todo género de predestinacionismo. Admite una fe dogmática, como algo necesario y una autoridad doctrinal, promamente del mismo Cristo. El magisterio eclesiástico le parece a Kierkegaard una necesidad y un hecho esencial al verdadero cristianismo.

Otros puntos de la doctrina kierkegaardiana son de matiz más discutido: su antiintelectualismo, su postura ante los principios de credibilidad, su postura ante el misterio de la encarnación, concebido como paradoja. En este aspecto los juicios de ROOS nos parecen demasiado definitivos. Un estudio más profundo de la doctrina católica y del pensamiento de Kierkegaard es posible que no lo alejaran tanto del cristianismo, como ROOS lo cree. De hecho los trabajos de COLLINS, J., —*Fede e riflessione in Kierkegaard*—, de Cornelio Fabro —*La "comunicazione della verità" nel pensiero di Kierkegaard*— y de Felice Bataglia —*Etica e religione nel "Diarlo" di Kierkegaard*, nos dan una visión más ortodoxa de estos puntos discutidos de la mentalidad religiosa de Kierkegaard.

De hecho Kierkegaard fue el puente que llevó al cristianismo a muchos pensadores luteranos, que estudiaron sus obras.

Pero siempre Kierkegaard naufragó en su personalismo. Löwith, en su estudio sobre Kierkegaard en los Studi Kierkegaardiani, editados por Morcelliana Brescia, en 1957, a los que pertenecen los estudios más arriba citados, llama con razón a Kierkegaard, "Quel singolo". A pesar de todas las simpatías por el cristianismo, esta simpatía era más bien una rebeldía por el luteranismo. Y a pesar de su apología del magisterio eclesiástico y de la fe dogmática, Kierkegaard, siempre fue "Quel singolo", independiente en su pensar de toda norma y de todo magisterio. Ese era el gran abismo temperamental que le apartaba del cristianismo.

Sin embargo el librito que comentamos puede iluminar útilmente las mentes de quienes entre nosotros empiezan a oír las voces de sirena, que mezcladas con cánticos más o menos profanos y con versículos de la biblia mejor o peor citados, perturban sus inteligencias y sus conciencias. La crítica de Kierkegaard sobre el luteranismo es aguda y es sincera. Y pone de relieve asimismo los grandes valores del auténtico catolicismo, que exige héroes, testigos, hombres que renuncien al mundo y a lo fácil, que comiencen por su renovación interior y por buscar el reino de Dios y de su justicia.

S. de Anítua, S. J.